

## LAS INTUICIONES Y LA ACEPTABILIDAD EN LA INTERFAZ SEMÁNTICA-PRAGMÁTICA

*Eduardo Dominiccini*

Instituto Caro y Cuervo

[eduardo.dominiccini@caroycuervo.gov.co](mailto:eduardo.dominiccini@caroycuervo.gov.co)

**Resumen:** En este trabajo se presenta una revisión del lugar de las intuiciones y la noción de aceptabilidad de las expresiones lingüísticas en el ámbito de la interfaz semántica-pragmática. La discusión se plantea como una reflexión metalingüística. Aunque se defiende el rol de las intuiciones en la labor investigativa, se sostiene que los juicios sobre la aceptabilidad (i) dependen del compromiso epistemológico que se tiene sobre el objeto de la semántica y la pragmática y que (ii) no son independientes de las relaciones de interfaz, lo cual se ha ignorado en la mayoría de los debates hasta la fecha.

**Palabras clave:** intuición, aceptabilidad, interfaz, semántica, pragmática.

**Abstract:** This paper presents a review of the place of intuitions and the notion of acceptability of linguistic expressions within the scope of the semantics-pragmatics interface. The discussion is set out in the style of a metalinguistic consideration. Although the role of intuitions in linguistic research is supported, the argumentation holds that acceptability judgements (i) depend on the epistemological commitment towards the object of study in semantics and pragmatics, and (ii) they are not independent from interface relations, which has been widely ignored in most debates to date.

**Keywords:** intuition, acceptability, interface, semantics, pragmatics

## 1. Introducción

La última década ha presenciado un resurgimiento del debate sobre el lugar de las intuiciones de los hablantes acerca de las expresiones lingüísticas dentro de la metodología de la investigación. En general, es posible identificar dos problemas que se debaten con respecto a las intuiciones en la disciplina, que corresponden a dos preguntas básicas: qué son las intuiciones y cuál es su utilidad o su nivel de confiabilidad en el estudio del lenguaje y las lenguas. Cuando se tiene la oportunidad de preguntar a un grupo de lingüistas sobre las intuiciones, hay quienes creen que son elementos indispensables del estudio del lenguaje y las lenguas. Otros, por el contrario, rechazan completamente el uso de las intuiciones como evidencia para la confirmación o refutación de teorías lingüísticas. El panorama de la disciplina se ha mantenido dividido con respecto a este punto durante mucho tiempo. Esta división se manifiesta de forma paralela con las diferencias que se pueden establecer entre las aproximaciones científicas dominantes, ya sea que se entiendan como paradigmas en el sentido de Kuhn (1996), o como “visiones” comunes acerca del quehacer lingüístico, su objeto y sus métodos. En el ámbito de la gramática generativa, la diferencia entre competencia y actuación lingüística ha determinado la actividad científica desde que Chomsky (1957, 1965) estableciera las bases de su modelo de análisis para la sintaxis. Hasta el día de hoy, gran parte de la metodología en esa corriente de corte generativista se ha basado en las tareas de recolección y evaluación de juicios acerca de la gramaticalidad o la aceptabilidad de expresiones lingüísticas. Gracias, en parte,

a los avances tecnológicos que han impulsado una gran cantidad de estudios experimentales, la discusión sobre la metodología tradicional y el alcance de la investigación teórica se ha intensificado, y en la última década más que nunca antes (Sprouse, 2015; Sprouse & Almeida, 2013; Stolterfoht & Featherston, 2012).

Un panorama distinto es el que se puede entrever al revisar la bibliografía semántica y pragmática. Las discusiones sobre este tema son escasas y se suelen limitar comentarios de pasada en libros de texto sobre aspectos metodológicos del estudio del significado lingüístico. En el contexto descrito, el presente trabajo ofrece una revisión del debate en cuestión y plantea una manera de abordarlo con base en la perspectiva de la interfaz semántica-pragmática. Es claro que la bibliografía relacionada en este trabajo es apenas una selección menor en comparación con la que hay disponible al respecto. Además, inevitablemente refleja una cierta orientación de la discusión que por razones de espacio y tiempo excluye otras maneras de abordarla. No obstante, la propuesta puede entenderse como una revisión crítica y actualizada de algunos de los puntos centrales del debate, así como un llamado a la comunidad académica ante la necesidad de aportar dentro de la lingüística hispánica.

El trabajo está organizado de la siguiente manera. En la sección 2 se presenta una breve revisión del problema de las intuiciones en la metodología de la lingüística teórica en general. La sección 3 replantea la discusión estableciendo un contexto epistemológico basado en dos puntos de reflexión: los objetos de estudio de las teorías sobre el significado y los

métodos que se emplean para caracterizar dichos objetos. La sección 4 se enfoca en las áreas de la semántica y la pragmática y en la forma en la que una teoría integral del significado en las lenguas puede dar cuenta de las intuiciones. Por último, en la sección 5 se presentan las conclusiones y las perspectivas futuras de investigación dentro de la interfaz semántica-pragmática.

## **2. El lugar de las intuiciones en los estudios del lenguaje**

Para caracterizar el lugar de las intuiciones en la lingüística, en esta sección se presenta una revisión de la discusión teniendo en cuenta el estatus del debate y la reflexión sobre el concepto en sí mismo. Con respecto al primer punto, el problema principal estriba en la falta de espacios de discusión, por parte de lingüistas, de aspectos metateóricos de la disciplina. Esta situación se agudiza porque la mayoría de quienes hacen investigación en una u otra rama de la lingüística o bien asumen como obvio el uso de la intuición o bien lo rechazan sin justificación alguna. A pesar de estas dos posturas que poco contribuyen a la disciplina, es justo reconocer que en la última década la situación ha venido mejorando y cada vez más se atiende al tema en discusiones sobre teoría y metodología en lingüística. Sin embargo, esto es más usual en la lingüística anglosajona que en la hispánica, pues en general la bibliografía especializada sobre la disciplina misma y sus métodos es poco frecuente. Al respecto, López Serena (2009a) cita a Coseriu (1977) en una de sus grandes obras, recordando

que el lingüista rumano criticaba duramente a la investigación de la región: “la lingüística iberoamericana es, en general, una lingüística que no aspira a la originalidad, que no tiene ambiciones teóricas y metodológicas”; y del mismo modo “también las discusiones teóricas y críticas son relativamente raras en Iberoamérica: se discuten hechos y opiniones, desde el punto de vista de teorías ya dadas, pero no se suelen discutir las teorías mismas y sus fundamentos epistemológicos [versalitas en el original]” (p. 3). No es seguro que la situación haya cambiado mucho; en cualquier caso, es claro que la lingüística anglosajona tiene una gran ventaja sobre la hispánica en cuanto a las discusiones metateóricas. En efecto, es un hecho innegable que la lengua inglesa domina la investigación y la publicación científica, con lo cual artículos y libros sobre (y en) lenguas menos estudiadas se adaptan a las perspectivas principales (formalismo y funcionalismo) de una u otra manera.<sup>1</sup>

El otro gran problema al que se enfrenta la investigación metateórica es la definición misma de la noción de intuición. Aunque tratar de explicar qué cosas son las intuiciones parece ser una tarea más para la filosofía que para la lingüística, rara vez se tienen en cuenta los aportes de la primera a la segunda. Una aproximación informal nos diría que, al hablar de intuiciones, se suele pensar en cierto tipo de juicios sobre la gramaticalidad de las expresiones lingüísticas, principalmente dentro del contexto del generativismo. Sin embargo, atribuirle

---

<sup>1</sup> Sobre la relación entre la lengua inglesa como objeto e instrumento de investigación, autores como Linzen & Osekí (2015) sostienen que los estudios y publicaciones que pasan por procesos de revisión por pares pueden generar dudas cuando se basan en las intuiciones de unos pocos hablantes de lenguas minoritarias.

una metodología basada en intuiciones solo a la lingüística generativa es simplificar la discusión de manera desacertada, puesto que en todos los modelos se recurre a informantes que dan respuestas espontáneas o controladas en cuestionarios o situaciones experimentales, y de algún modo esto supone apelar a los juicios del investigador o de sus informantes. El problema es que cuando se apela al conocimiento del hablante, con frecuencia tenemos una falta de claridad sobre cuáles son o como se determinan las propiedades relevantes con respecto a las expresiones de la lengua que se evalúan.

### **2.1. El concepto de intuición en lingüística**

A pesar de lo complejo y variado del panorama descrito, es posible apreciarlo con una mirada más sistemática y caracterizar algunas posturas básicas. En el campo de la filosofía, las intuiciones han sido un tema clásico, en tanto que han definido gran parte de la historia del quehacer filosófico (perspectivas recientes se encuentran en Cappelen, 2012; Chapman, Ellis, Hanna, Hildebrand & Pickord, 2013, entre otros). En el terreno de la lingüística se ha abordado la noción de intuición por razones ontológicas y metodológicas, principalmente con respecto a conceptos como la gramaticalidad y la aceptabilidad (véase más adelante), o en relación con discusiones sobre datos y evidencia en metodología de la investigación en paradigmas como el generativo (Sprouse & Almeida, 2013) o el cognitivo (Willems, 2012).

De acuerdo con Willems (2012), *intuición* e *introspección* son nociones originadas en la filosofía y la psicología, respectivamente, pero que los lingüistas anglo-americanos y los europeos no suelen distinguir. Ambas, añade Willems, son facultades de la mente, y la diferencia radicaría en que mientras la introspección es “la habilidad y la actividad (‘metacognición’) de examinar y describir los estados y procesos internos psicológicos propios”, la intuición, en cuanto a la lingüística se refiere, abarcaría “el conocimiento tácito del lenguaje y la capacidad técnica para actualizarlo” (p. 672). Willems complementa esta idea de la siguiente manera:

Si el conocimiento del lenguaje se entiende, como muchos lingüistas están de acuerdo, en términos del conocimiento dinámico de un sistema complejo de procedimientos en varios niveles de abstracción y convencionalización, entonces cualquier procedimiento del lenguaje (fonológico, sintáctico, semántico, discursivo, etc.) debe estar arraigado en la intuición (2012, p. 672).

En la última década, la literatura ha profundizado su reflexión sobre este asunto. Autores como Allan (2003) admiten las intuiciones como parte de la ciencia lingüística, pero no llegan a describirlas: “Son las intuiciones del lingüista sobre los datos del lenguaje (los fenómenos éticos) lo que las/los lleva a crear los constructos (émicos) hipotéticos correspondientes. Puede no haber forma de asegurar que las intuiciones del lingüista son buenas, porque no se sabe muy bien qué es la intuición” (p. 557). Sin embargo, aunque para Allan no sea claro el concepto, sí es claro que las intuiciones son muy importantes en lingüística: “[una teoría del lenguaje

debe] ser explicativa en el sentido de que el significado y la descripción estructural que asigna a cualquier expresión de la lengua objeto debe corresponder con las intuiciones de un hablante nativo acerca de lo razonable de tal adscripción” (p. 552).

Quizás el autor que más ha tratado el tema en la última década es Michael Devitt (2006a, 2006b, 2008, 2010b, 2010a, 2012a, 2012b, 2013, 2014). Para este autor, las intuiciones son la “voz de la competencia”. Para este autor, la perspectiva generalmente aceptada entre filósofos de la lingüística es que las intuiciones sobre la gramaticalidad de las expresiones lingüísticas son producto del conocimiento sobre la gramática que tienen los hablantes competentes en su lengua (Textor, 2009). Devitt critica esta perspectiva común, argumentando que “la competencia no proporciona el *contenido informacional* [cursivas en el original] de la intuición” (2014), sino que provienen del conocimiento (no tácito) aprendido de la gramática o la “educación lingüística”, (Textor, 2009). Una revisión detallada de este y otros debates está por fuera del alcance del presente trabajo, pero basta señalar que los distintos factores involucrados en las discusiones sobre las intuiciones, por un lado, resultan de una complicada visión filosófica de la lingüística y, por otra parte, se suelen analizar con base en los límites de una sola área y no teniendo en cuenta una perspectiva de interfaz. En este trabajo se propone una discusión que supera estos dos inconvenientes.

En la literatura sobre intuiciones también encontramos trabajos como los de Borsley (2005), Culbertson & Gross (2009), Fitzgerald (2010), Gross & Culbertson (2011), López



(2009b), Riemer (2009), Schütze (2016), Schütze & Sprouse (2013), Sprouse (2015), Sprouse & Almeida (2010, 2012), Wasow & Arnold (2005), Willems (2012), entre otros. En ocasiones la discusión se plantea en términos casi exclusivos de la investigación en sintaxis (y las diferentes versiones de la gramaticalidad), pero es claro que dentro de la semántica (Stokhof, 2011) y la pragmática (Devitt, 2013) también se trata el problema, aunque la literatura metateórica sobre este aspecto en las subdisciplinas que tratan el significado es muy escasa. Esta literatura incluye posturas tanto a favor como en contra del uso de las intuiciones en lingüística. Lo que complica la revisión de esta bibliografía es que cada trabajo aborda las intuiciones con objetivos distintos. En algunos casos se trata de discusiones sobre la naturaleza de la intuición y su rol en la lingüística. En otros, el debate gira en torno a las críticas que se hacen a la investigación en sintaxis y su confianza (excesiva para algunos) en los juicios sobre la gramaticalidad de las expresiones lingüísticas. Otros trabajos se enfocan en los diversos métodos de recolección de datos y abordan el problema según una perspectiva puramente experimental. En este intrincado paisaje, sobresale un problema básico que concierne directamente a la lingüística y se trata de los conceptos de gramaticalidad y aceptabilidad. Ellos están estrechamente relacionados con la intuición en la medida en que el contenido de las intuiciones se entiende como un juicio acerca de lo gramatical o lo aceptable de las expresiones lingüísticas, por lo cual es preciso revisar estas nociones.

## 2.2. Intuiciones, gramaticalidad y aceptabilidad

Aunque a menudo se usan indistintamente, la diferencia entre gramaticalidad y aceptabilidad parece haber estado marcada por sus asociaciones con la sintaxis y la semántica. Es así que el adjetivo denominal “gramatical”, en el sentido específico, es aquello que procede de la gramática aplicado al resultado de los procesos que rigen la combinación de unidades simples para formar expresiones complejas (sintagmas y oraciones) en una lengua. En algunas versiones de la discusión, la gramaticalidad se entiende como una propiedad binaria (presente o ausente), mientras que en otras se ve como una cuestión de grado. La idea original de Chomsky (1957) con respecto a lo gramatical la caracterizaba como una propiedad del sistema sin relación alguna al significado. Su famosa oración, traducida como “Verdes ideas incoloras duermen furiosamente”, ha sido considerada como el ejemplo clásico de la independencia entre la sintaxis y la semántica. Por otra parte, Chomsky (1980) advertía que “gramática” puede ser un término ambiguo entre el sistema de reglas en la mente de un hablante y la teoría explícita de un lingüista sobre dicho sistema. Esta distinción es importante en la presente discusión ya que nos obliga a pensar acerca de qué propiedad estamos hablando cuando decimos que la intuición puede ser un juicio sobre la gramaticalidad. Sobre este aspecto, la crítica de Devitt que se mencionaba antes con respecto a la “voz de la competencia” parece no ser muy fuerte. La idea es que Devitt cuestiona una versión ortodoxa del generativismo con respecto al papel de la competencia lingüística argumentando que los hablantes no tienen acceso “cartesiano” a las propiedades

gramaticales del sistema. En consecuencia, afirma Devitt, las intuiciones no pueden ser sobre dichas propiedades a menos que estén “cargadas de teoría”, es decir, que sean juicios basados en el conocimiento teórico de la lingüística. Al respecto, Fitzgerald (2010) ha respondido que, si bien Devitt está en lo cierto sobre nuestra incapacidad de acceder de manera consciente al sistema de la competencia (y por tanto ella no tiene “voz”), podemos hacer inferencias teóricas con base en las intuiciones de los hablantes, teniendo en cuenta que la gramaticalidad no es la única propiedad en juego y que tales intuiciones son limitadas:

No sabemos cómo se derivan los juicios conscientes, o los mecanismos del rol que desempeñan los sistemas lingüísticos en emitir estos juicios. Los lingüistas infieren que un sistema gramatical estructurado moldea estas intuiciones, pero ellos saben muy bien que las intuiciones lingüísticas no son un reflejo de la competencia subyacente que esté exento de problemas (p. 144).

En cuanto a la relación entre gramaticalidad y aceptabilidad, Fitzgerald propone separar estas nociones (y también la de la interpretabilidad). Los hablantes, afirma este autor, no tienen intuiciones sobre lo que una gramática (en el sentido teórico) dicta. La idea de lo “aceptable”, por otra parte, estaría conectada con los sistemas adicionales a la gramática que sirven en la producción lingüística (factores semánticos y pragmáticos, conocimiento del mundo, etc.), y por esta razón las intuiciones sobre la aceptabilidad no podrían ser explicadas completamente por una teoría lingüística (p. 130). Esta última idea de Fitzgerald es bastante controversial, en la medida en

que limita las posibilidades teóricas de la lingüística con respecto a las intuiciones. Al respecto, hay varias posturas. Devitt (2010a), por ejemplo, ha sostenido que sus críticos llevan demasiado lejos la distinción entre juicios de gramaticalidad y juicios de aceptabilidad. Para este autor, esta división se basa en al menos tres supuestos que él rechaza. El primero es el de que los hablantes no tienen intuiciones sobre la gramaticalidad (debido a la imposibilidad de acceder al sistema). El segundo supuesto es que las intuiciones que se refieren a si las expresiones son aceptables, suenan bien, etc., no son intuiciones sobre la gramaticalidad. Y el tercer supuesto es que los lingüistas no se interesan realmente por las intuiciones sobre la gramaticalidad, aunque con frecuencia usen ese término. Años antes, Devitt (2006a) había expresado que apelar al concepto de aceptabilidad parecía resolver la tensión entre las nociones en cuestión, pero que en realidad no lo hacía porque, según él, las intuiciones sobre la aceptabilidad también tienen un peso evidencial dentro de la lingüística, pero deben entenderse de manera aislada de los posibles significados de lo aceptable en la sociedad, lo cortés, lo razonable, etc. (p. 102).

### **3. Hacia una nueva epistemología de las intuiciones en lingüística**

En esta sección se discuten dos cuestiones específicas que se enmarcan en la reflexión metalingüística. La primera es una pregunta ontológica acerca de cuáles son los objetos de estudio que adoptan los lingüistas interesados en el estudio del

significado; la segunda es una pregunta epistemológica sobre cómo podemos acceder al conocimiento de esos objetos. Aceptar una u otra respuesta de cada una de estas preguntas, por supuesto, es una prerrogativa de cada lingüista. Sin embargo, lo que muestra la discusión sobre la disciplina y sus métodos es que con frecuencia no hay una declaración explícita de tales respuestas, o que la práctica investigativa asume ciertos principios no justificados que pueden ser incluso contradictorios. Esta situación se da en todo el espectro que abarcan las ciencias del lenguaje, pero es particularmente esencial en áreas como la sintaxis y la semántica. Para mostrar esto, podemos empezar con una mirada general del problema.

Toda ciencia necesita revisar constantemente sus propias teorías, sus métodos y su alcance, y la lingüística no es la excepción. Quizás en el ámbito académico parece común ver o suponer que los filósofos expertos en el estudio del conocimiento científico son quienes se dedican a este tipo de revisiones. Sin embargo, también es válido y deseable que los científicos mismos, al ser quienes viven el día a día de la (re)formulación de teorías, el análisis de datos y la consecución de resultados teóricos y empíricos, sean quienes reflexionen dentro de un marco epistemológico. En esta dirección, el término “metalingüista” resulta, para el sentido propuesto, más apropiado que el de “filósofo de la lingüística”. De manera análoga, la “metalingüística” (y la metafonología, la metasintaxis, la metasemántica, etc.) podría considerarse como el ejercicio de reflexión epistemológica volcada sobre el estudio del lenguaje y las lenguas desde la perspectiva del lingüista.

Más allá de las diferencias específicas que separan a quienes se dedican a la investigación, la reflexión metalingüística nos une en el propósito de someter nuestra disciplina a un “control de calidad”. La literatura que se puede encontrar al respecto es muy extensa (véase Kempson, Fernando, & Asher, 2012 para una compilación reciente de temas y bibliografía). Dicho examen involucra un análisis de cuestiones fundacionales que suele reflejar, entre otras cosas, las bases de las distinciones entre las diversas corrientes de investigación. Por ejemplo, Scholz, Pelletier, & Pullum (2015) han planteado que para responder a preguntas generales de la lingüística (v. g., de qué trata, cuáles son sus objetivos, cómo se deben formular sus teorías y qué cuenta como datos), es posible dividir el espectro de la investigación entre tres aproximaciones, a saber, esencialismo, externalismo y emergentismo. Los autores aclaran que estas son simples etiquetas y no descripciones, pero es posible caracterizar a grandes rasgos, cada una de las corrientes. El esencialismo se asocia con la perspectiva que se enfoca en la sintaxis desde la tradición generativista (hoy en día minimalista), pero también con las perspectivas formales de la lingüística en general. Por su parte, el externalismo deriva de la tradición estructuralista americana y sobrevive en las perspectivas computacionales y de análisis de corpus. El emergentismo, a su vez, se relaciona con orientaciones cognitivas y funcionalistas de la lingüística. Para profundizar en los detalles y comparar análisis paradigmáticos de cada aproximación, el lector puede remitirse al texto de Scholz et al. (2015).

Está claro que muchos investigadores combinan elementos de los tres enfoques. Al respecto, Scholz et al. mencionan que estas tendencias teóricas no se presentan como programas de investigación desarrollados, sino como inclinaciones de trasfondo que orientan el quehacer de los lingüistas, sin que esto signifique limitaciones lógicas para adoptarlas de manera ecléctica:

Por ejemplo, si los emergentistas tienen que explicar la estructura sintáctica de las expresiones apelando a hechos sobre la naturaleza del uso de símbolos en la comunicación humana, entonces pueden presuponer una gran cantidad de trabajo externalista en la descripción de patrones lingüísticos, y aquellos externalistas que trabajan en sistemas de análisis computacional con frecuencia usan (al menos como punto de partida) sistemas de reglas y patrones ‘estructurales’ deducidos por esencialistas (2015, párr. 12).<sup>2</sup>

Sin embargo, las diferencias entre estas tres aproximaciones con frecuencia limitan la colaboración entre ellas, lo cual se manifiesta en profundas divisiones teóricas y metodológicas, incluso al interior de cada enfoque. Por ejemplo, ante la pregunta de qué es lo que hace parte del estudio del lenguaje, autores como Chomsky (como se citó en Scholz et al.) han hecho énfasis en que la semántica y la pragmática no deberían incluirse en la lingüística. Esto no es generalmente aceptado por los partidarios de las aproximaciones emergentistas y externalistas, y ni siquiera por muchos esencialistas que trabajan en los enfoques formales de las interfaces sintaxis–

---

<sup>2</sup> Esta y todas las traducciones de textos citados en inglés son mías.

semántica (Hackl, 2013) y semántica–pragmática (Schlenker, 2016).

Otro de los aspectos que separan las aproximaciones mencionadas es el que tiene que ver con el conjunto de fenómenos en los que se debe enfocar la lingüística. De acuerdo con Scholz et al., una diferencia general entre externalistas, emergentistas y esencialistas es que los primeros privilegian las expresiones lingüísticas proferidas por hablantes; los segundos se concentran en hechos de la cognición social y la comunicación; y los últimos dirigen esfuerzos hacia el estudio de “intuiciones sobre la gramaticalidad y significado literal”. Aunque es justo reiterar la advertencia de los autores sobre el hecho de que esta caracterización no pretende ser una descripción tajante de las aproximaciones, las diferencias que ellos presentadas resultan ser problemáticas por al menos dos razones. La primera es que Scholz et al. parecen dividir apresuradamente el ámbito de la investigación entre quienes se dedican a estudiar fenómenos lingüísticos como las proferencias (*utterances*) de los hablantes y fenómenos de los cuales se puede cuestionar su carácter netamente lingüístico como los hechos de la cognición o las prácticas y comportamientos sociales. La segunda razón es que una división entre perspectivas puede suponer una división entre metodologías, ya que no todos los fenómenos lingüísticos pueden analizarse de la misma manera; en sí mismo, esto no es un problema, pero podría serlo en la medida en que el enfrentamiento entre paradigmas se convierta, por extensión, en una rivalidad entre métodos que solo conduce a aumentar la brecha entre orientaciones teóricas y empíricas. Para



profundizar más en estas cuestiones, veamos cada una por separado.

### **3.1. La cuestión ontológica: el objeto de estudio**

La primera cuestión problemática al respecto de la distinción entre aproximaciones propuesta por Scholz et al. tiene que ver, en última instancia, con una pregunta clásica para la filosofía de la lingüística, la que busca determinar qué tipo de fenómenos de la experiencia humana son en realidad fenómenos del lenguaje. En el contexto de esta discusión, la pregunta es relevante porque, como lo afirma Allan (2003), citando a Fodor, una disciplina debe tener claro qué cuenta en ella como datos para la confirmación de sus teorías (p. 536). Por supuesto, la lingüística como ciencia se fundamenta en el análisis de datos lingüísticos, pero establecer qué cuenta como datos lingüísticos depende de qué se entiende por “lenguaje”. Al respecto, Allan sostiene que la respuesta a la pregunta de cuál es el objeto de la indagación lingüística es la que determina el tipo de teoría que se adopta. Este autor distingue entre cuatro posibles respuestas: (A) el lenguaje como entidad física; (B) el conocimiento del lenguaje interno (lenguaje-i); (C) el lenguaje como objeto abstracto; (D) el lenguaje como comportamiento social. Para Allan, estas respuestas a la pregunta ontológica están representadas por diversos paradigmas de investigación claramente distinguibles en la lingüística del siglo XX: el estructuralismo norteamericano, el conceptualismo, el realismo y el sistemicismo, respectivamente (p. 573). Estas distinciones, aunque simplificaciones (admite

Allan), capturan las características principales que permiten identificar gran parte de (si no todas, en alguna medida) las orientaciones investigativas de la lingüística actual.

Las perspectivas descritas por Allan se pueden equiparar con las presentadas por Scholz et al., lo cual sugiere que el estado actual de la cuestión sobre la epistemología de la lingüística se refleja claramente en estas divisiones. Mientras que para Scholz et al., en principio, no hay nada que impida a los lingüistas hacer uso de aspectos provenientes de las tres aproximaciones, para Allan es claro que una buena teoría del lenguaje (en el sentido más amplio) debe poder dar cuenta de las cuatro concepciones representadas en sus correspondientes perspectivas lingüísticas. Es en este sentido en el que la pregunta ontológica sobre qué es lo lingüístico para la lingüística cobra importancia: ¿deben los lingüistas centrarse en las formas materiales, en sus significados y usos o en los comportamientos asociados a ellas? La respuesta de Allan sería que los investigadores deben ocuparse de todas ellas, pero en la práctica, una teoría integral del lenguaje y las lenguas debe estar compartimentada. La razón más obvia es que el lenguaje como objeto de estudio y las lenguas como sus manifestaciones concretas no son entidades unidimensionales, sino que pueden exhibir características físicas, biológicas, psicológicas, sociales, etc. Esta naturaleza ontológica multidimensional del lenguaje y de las lenguas es la que determina que la ciencia que los estudia, la lingüística, deba ser por definición, una ciencia de subdisciplinas.

Aunque esto no es un problema nuevo, es interesante observar que la ontología del objeto de la lingüística sigue

siendo el fundamento latente de las tensiones entre perspectivas. Incluso en ocasiones, agregan Scholz et al., los enfoques “se desarrollan en posturas ideológicas o programas polémicos, o conducen a bifurcaciones de nuevas especialidades con revistas separadas. En la opinión de Phillips (2010), ‘el diálogo entre adeptos de aproximaciones diferentes es alarmantemente raro’” (2015, párr. 8), lo cual contrasta con la necesidad de reducir la brecha científica mencionada antes. Si se acepta que la naturaleza del objeto de estudio es multidimensional, no deja de ser sorprendente y hasta contradictorio que las aproximaciones básicas se presenten como adversarias, defendiendo sus supuestos y atacando los de las otras.

En esta mezcla de prácticas eclécticas y reduccionismos que configuran el complejo panorama de la lingüística actual, muchos lingüistas parecen olvidar que el objeto de la lingüística es de naturaleza dual: el lenguaje como facultad y las lenguas como manifestaciones concretas de ella. El estructuralismo lingüístico, por ejemplo, tenía como axioma fundamental que la lengua es un conjunto de asociaciones sistemáticas entre formas y significados; el problema ha sido que las formas son la dimensión material de la lengua, mientras que los significados constituyen la dimensión abstracta (Krifka, 2011). Esta realidad configura de manera categórica la investigación lingüística, y es por ello que la decisión no es trivial, pero tampoco controversial. Por ejemplo, Allan (2003) parece inclinarse por una teoría lingüística que tenga, entre otras cosas, constructos ontológicamente determinados (expresión que Allan retoma del lingüista R. P. Botha). La idea es

explicada con respecto a una crítica de Allan al mentalismo que caracteriza a las teorías de la gramática generativa. Para este lingüista, el lenguaje y sus constructos son objetos abstractos en el sentido de “abstraídos de manifestaciones físicas, psicológicas y sociales espacio-temporalmente localizadas”, pero con esto Allan no sugiere (sino que, de hecho, él rechaza) que una teoría lingüística deba ser una teoría de la mente/cerebro (p. 554).

### **3.2. La cuestión epistemológica: la metodología y los métodos**

La reflexión metalingüística planteada hasta este punto se ha centrado en la naturaleza ontológica del objeto de estudio. Una conclusión preliminar a la que se llegó fue la de que esta naturaleza es esencial e innegablemente dual. Por un lado, el lenguaje se manifiesta como abstracción de fenómenos propios de la experiencia humana; por otro, como un conjunto de entidades concretas que podemos analizar en virtud de sus propiedades físicas. Ahora estamos en la capacidad de dirigir nuestra atención a la naturaleza epistémica del objeto, es decir, a la que trata de responder a la pregunta de cómo podemos acceder al conocimiento del objeto. En esta reflexión epistemológica se presupone que dicha pregunta implica comprender la metodología y los métodos de la lingüística. La primera se entiende como un tipo de estudio acerca de la investigación científica, mientras que los segundos son las técnicas específicas usadas en la investigación (Kothari, 2004).

La reflexión epistemológica suele reconocer varias distinciones en cuanto a la investigación. Las que acá nos interesan son las que existen entre metodologías teóricas y empíricas, por un lado, y entre métodos cualitativos y cuantitativos, por otro. Estas distinciones son cruciales para poder comprender el lugar de las intuiciones, la aceptabilidad y los tipos de datos que se usan en la investigación lingüística actual, tema central del trabajo. Uno de los problemas más recurrentes a la hora de analizar el quehacer del lingüista con respecto a su objeto es el tipo de decisiones metodológicas que debe tomar frente a tal objeto. Es muy común que la lingüística sea objeto de críticas por parte de investigadores (sobre todo del campo de la psicología experimental) que afirman que los métodos usados para estudiar fenómenos del lenguaje deben ser aquellos que rigen las prácticas de cualquier otra ciencia. Tal exigencia tiene como consecuencia un fuerte rechazo a muchos trabajos en lingüística que no contemplan metodologías empíricas ni métodos cuantitativos. Por ejemplo, Wasow & Arnold (2005) cuestionan todo tipo de investigación dentro de la gramática generativa que se basa en “intuiciones introspectivas sobre la buena formación [de las expresiones] como fuente primaria de datos” (p. 1481).

La crítica claramente va dirigida a la posibilidad de hacer investigación lingüística teórica sin apelar a métodos empíricos. Para autores como Wason & Arnold (y más recientemente Gibson & Fedorenko, 2013), la gramática generativa en general no tiene en cuenta los principios básicos de la psicología experimental: número de muestras que garantice la significancia estadística, orden aleatorio de estímulos, sujetos

sin conocimiento de las hipótesis bajo prueba, y análisis estadístico de los datos obtenidos. La afirmación de Wason & Arnold en este sentido es que se trata de “precauciones básicas [que] son casi inauditas en la gramática generativa” (p. 1484). Es difícil aceptar que la situación fuera la descrita por Wason & Arnold, dado que tales requisitos han sido efectivamente cumplidos por muchos trabajos en lingüística durante los últimos veinte años (cf. Schütze, 2016; Sprouse, 2015).

Quizás es preciso aclarar que no se está evadiendo la crítica, como lo mencionan estos autores, sino que se resalta el hecho de que hay propuestas tanto teóricas como empíricas y que ambas son válidas, según como se entiendan sus presupuestos ontológicos y metodológicos. Además, también conviene aclarar que la presente discusión no pretende defender a la gramática generativa de tales ataques, sino mostrar que las críticas van dirigidas a la lingüística teórica en general, pero que son críticas sin fundamento o en el mejor de los casos, solo parcialmente justificadas y de limitada repercusión en la disciplina.

Una de las respuestas más contundentes a los cuestionamientos plasmados en trabajos como los de Wason & Arnold (y otros) nos la ofrecen Sprouse & Almeida (2010). Según estos autores, las críticas a la lingüística teórica tradicional se basan en la escasa confiabilidad que tendrían los datos cuando son recolectados sin tener en cuenta los parámetros formales de la metodología experimental. Sprouse & Almeida citan varios trabajos que han respondido ampliamente a este tipo de críticas, pero su propio acercamiento al problema es bastante original. Ellos presentan

evidencia cuantitativa que sugiere que la metodología tradicional (informal, teórica, no empírica, sin análisis de significancia estadística, etc.) no debe considerarse como poco fiable. El trabajo de estos autores se enfoca en mostrar que hay varias razones por las que los datos presentados en investigaciones tradicionales son efectivamente confiables. Por ejemplo, en algunas investigaciones los críticos han malinterpretado los resultados; en otras, el supuesto sesgo cognitivo de los lingüistas hacia la confirmación de sus propias hipótesis de hecho puede resultar ser un sesgo en contra de sus mismas conclusiones. Este tipo de evaluación, que se puede aplicar a cientos de casos de investigaciones para comprobar la confiabilidad de los métodos de la lingüística, demuestra que los estudios informales casi siempre superan las pruebas de formalización empírica (Sprouse & Almeida solo encontraron un caso en el que esto no fue así, de manera que la supuesta “epidemia de poca confianza” en los datos y en la investigación lingüística es una crítica bastante débil).

Hasta el momento hemos visto un algunas de los argumentos disponibles en la literatura que permiten entender aspectos centrales de la discusión. Por un lado, tenemos una reflexión epistemológica sobre el objeto de la lingüística, la cual necesariamente debe replicarse en cada área de la disciplina. Por otro lado, tenemos un conjunto de ideas sobre la metodología de la investigación lingüística, que apuntan a cuestionar los métodos informales de recolección de datos y la falta de análisis estadísticos. Frente a tales críticas, hay discusiones teóricas y pruebas empíricas que refutan la idea de que la investigación lingüística está en el camino equivocado

del desarrollo científico. Si se aceptan estos contraargumentos, es posible dar el siguiente paso en la reflexión, el cual se basa en la posibilidad de recurrir a juicios intuitivos (propios y ajenos) con respecto a las expresiones lingüísticas. De acuerdo con lo dicho anteriormente, no creo que este sea el caso ni que debamos dejar de lado la discusión. Y por fortuna no ha sido así. El reconocido lingüista Geoffrey Sampson sostuvo en 1975 que “si la lingüística de hecho se basaba en la intuición, entonces no era una ciencia” (como se cita en Borsley, 2005, p. 1476). Lo que demuestran las discusiones al respecto es que, incluso más de cuarenta años después de la sentencia de Sampson, las intuiciones siguen siendo parte de la actividad científica de quienes estudian el lenguaje y las lenguas.

#### **4. Las intuiciones en los estudios del significado lingüístico**

Como ya se ha mencionado antes, el problema de la intuición en lingüística no es tanto de naturaleza ontológica sino epistemológica. Esta actitud parece más sensata si uno revisa la historia de la semántica y la pragmática. En particular, las discusiones sobre qué es el significado han tenido mucho impacto en el desarrollo de las dos áreas pero paradójicamente no han tenido mucho éxito. En lugar de adoptar una u otra definición específica de lo que sería el significado, es más productivo tratar de caracterizar el comportamiento lingüístico de los hablantes con respecto al contenido. De igual manera, se debe tener claro qué tipo de investigación se prefiere. Por ejemplo, en semántica uno puede adoptar una perspectiva



formal, representacional y cognitiva, sin que esto sea necesariamente una contradicción. En pragmática, del mismo modo, se puede optar por una perspectiva formal-cognitiva. Estas decisiones previas a la investigación son tan válidas como las que se enmarcan dentro de corrientes funcionalistas, socioculturales o de otra naturaleza, solo que apuntan a objetivos distintos.

El siguiente paso es tomar posición sobre el lugar de las intuiciones dentro de nuestra metodología personal. Esto no resulta difícil si se entiende como un paso adicional en el proceso que empieza con la toma de decisiones frente a las perspectivas más generales en lingüística. Al hacerlo, se necesita tener claro que si asociamos intuición con gramaticalidad, debemos responder a las críticas que se le hacen a esta noción y defender o rechazar los argumentos con respecto a una propiedad que se dice es parte del conocimiento de los hablantes. Por supuesto, rechazar de entrada no la premisa sino la discusión completa nos deja son poder dialogar sobre el objeto de la disciplina.

La sintaxis, sea cual fuere la orientación que se adopte, es un área de la lingüística en la que la investigación descansa en un acumulado de datos sin paralelo. En efecto, el conjunto de datos de la sintaxis es justamente el conjunto potencialmente infinito de oraciones que un hablante puede expresar en su lengua. En el otro lado del mapa, semantistas o pragmatistas se encuentran ante el mismo conjunto de datos, pero con intereses diferentes. Lo que queremos ahora es tratar de mostrar este tipo de diferencias y por qué son relevantes en

relación con el debate acerca de las intuiciones que se está evaluando.

La lingüística es una disciplina formada sobre la base de una dualidad entre lo concreto de las expresiones y lo abstracto del significado. Es claro que la dimensión más concreta de esta dualidad ha sido la más estudiada. Sin embargo, también es justo preguntarnos si las intuiciones sobre la buena formación de oraciones son independientes de las intuiciones sobre su significado y sobre su uso. Es posible que las críticas a la noción misma de intuición sean válidas o que si aceptamos una definición de trabajo para el concepto, igualmente nos veamos ante la necesidad de distinguir propiedades sintácticas, semánticas y pragmáticas para decir si una expresión es aceptable o no dentro de nuestra lengua. Hacer esto es parte tanto de nuestra experiencia cotidiana al comunicarnos como de nuestra actividad académica al analizar expresiones lingüísticas. En todo caso, no se trata de que las intuiciones de lingüistas sean mejores que las del hablante no lingüista. Para ver este punto, es preciso retomar una discusión de Culbertson & Gross (2009) al respecto. Estos autores plantean que ser lingüista no hace a nadie mejor informante en tareas de juicios sobre aceptabilidad, co-referencia, ambigüedad, etc. La clave, según ellos, está en la familiaridad que tenga una persona con las tareas de valoración de expresiones, lo cual puede variar o manipularse en un determinado experimento. Hay que decir que parece difícil afirmar con certeza que los hablantes logran lo que estos autores piden en su experimento, a saber, ignorar toda regla gramatical que le hayan enseñado y decir si las expresiones les “suenan bien” o no. En todo caso, el punto es

la distinción entre lingüistas y no lingüistas como sujetos informantes acerca de la aceptabilidad no nos lleva muy lejos, puesto que no es posible caracterizar con certeza los límites del conocimiento lingüístico, sea que se entienda como conocimiento teórico sobre la gramática o como conocimiento empírico sobre la lengua.

Una línea de discusión más prometedora es la confiabilidad de los datos, si aceptamos que una oración declarada como aceptable lo es en virtud de un juicio intuitivo. De particular interés para la presente reflexión es el hecho de que los juicios sobre las expresiones lingüísticas superan las pruebas empíricas de confiabilidad. Al respecto, Sprouse & Almeida (2012) pusieron a prueba las 469 unidades de datos de un clásico libro de texto de sintaxis. Para estas expresiones del inglés americano, 440 participantes se sometieron a dos tipos de pruebas (estimación de magnitud y respuestas sí/no). Los datos obtenidos se analizaron mediante tres tipos de pruebas estadísticas diferentes y los resultados sugieren que las oraciones del libro de texto son datos tan confiables como cualquier expresión lingüística usada en investigaciones experimentales. La tasa de replicabilidad de los datos obtenida por Sprouse & Almeida con respecto a los ejemplos del libro de texto fue de 98%. Este tipo de pruebas se pueden interpretar como una respuesta directa a las críticas que rechazan los métodos informales de recolección de datos sobre juicios lingüísticos, y en general, a la idea de que los datos poco confiables de la lingüística suponen teorías lingüísticas poco confiables. Adicionalmente, Sprouse & Almeida sostienen que la mayoría de teorías sintácticas, si bien son diferentes, tratan

de explicar el mismo conjunto de datos, solo que lo hacen a través de diferentes mecanismos. Si las diferencias no se basan en los datos sino en los mecanismos que explican los fenómenos de la sintaxis, entonces los problemas en la disciplina son de naturaleza teórica, no empírica (2012, p. 631).

Con respecto a la interfaz semántica-pragmática, lo que tenemos es un campo de estudio de las propiedades del significado que se basa en datos provenientes de la separación abstracta entre expresión y contenido.<sup>3</sup> Retomando una discusión de la sección anterior, es preciso decir que, en ocasiones, el problema se ha mostrado como un asunto de gramaticalidad frente a aceptabilidad como propiedades de la sintaxis y de la semántica-pragmática, respectivamente (aunque también se habla de “felicitousness” para la pragmática). Al respecto, hay muchas propuestas. Por ejemplo, la idea de que la gramaticalidad sea una propiedad del sistema y que la aceptabilidad no lo sea, o al menos no por completo, está insinuada en una discusión de Larson & Segal (1995). En ella, estos autores sostienen que “lo que explica el significado [de una expresión] yace profundamente enterrado en nuestras mentes, no emerge en momentos de reflexión, y ciertamente es muy probable que no podamos acceder a ello mediante alguna forma de introspección” (p. 15). La cita hace referencia de manera explícita al significado, pero la idea se extiende hasta

---

<sup>3</sup> En este trabajo sumo una postura favorable a la distinción entre semántica y pragmática que, por supuesto, valida la existencia de una interfaz teórica entre ambas. La interpretación de una expresión lingüística debe explicarse dentro del marco de una teoría que caracterice adecuadamente las propiedades del contenido y del uso. Sobre este tipo de teoría del significado, pueden consultarse los trabajos de autores como Depraetere & Salkie (2017), Jaszczolt (2012), McNally (2013), Schlenker (2016), entre otros.

abarcando el tema de la gramaticalidad y la aceptabilidad en sintaxis. En efecto, Larson & Segal señalan que los juicios de los hablantes que asignan el carácter de aceptable a una expresión son parte del dominio preteórico de la sintaxis, mientras que asignar el carácter de gramatical a una expresión es algo que se hace como “consecuencia explícita de una teoría sintáctica” (p. 560, n. 17). Para explicar el punto, Larson & Segal presentan como ejemplo la oración “La rata que el gato que el perro molestó persiguió se comió el queso” (*The rat the cat the dog worried chased ate the cheese*). De acuerdo con los autores, hay buenas razones para querer que una gramática nos permita decir que oraciones como la mencionada son expresiones bien formadas sintácticamente. Sin embargo, los hablantes, de manera casi unánime, rechazan este tipo de combinaciones (calificándolas como no aceptables). De acuerdo con Larson & Segal, es allí donde radica la gran discrepancia entre lo gramatical y lo aceptable, discrepancia que para ellos no es sorprendente sino todo lo contrario, esperable. La razón sería que la brecha entre la competencia y la actuación lingüística es producto de factores o efectos que tienen limitan el procesamiento en la interpretación de expresiones complejas.<sup>4</sup>

Así pues, volvemos a una pregunta central de la reflexión: ¿de qué debe tratar una teoría lingüística sobre el significado? Me parece que la respuesta a esta pregunta es relativa a la dimensión del objeto de estudio que se analiza; además

---

<sup>4</sup> El argumento de Larson & Segal es similar al presentado por Fitzgerald (2010) mencionado antes, aunque queda para un trabajo posterior determinar si las conclusiones de ambos autores son compatibles.

sostengo que esta respuesta (y no debería ser controversial que haya varias) determina el compromiso epistemológico de cada lingüista con las intuiciones sobre las formas y los contenidos de las expresiones de las lenguas humanas. Consideremos un caso concreto: la semántica formal. Ella es una metodología que echa mano de herramientas lógico–matemáticas para analizar el significado de las expresiones complejas de la lengua natural. Surge una pregunta inmediata: ¿qué es lo que representan las representaciones postuladas por los semantistas? Al respecto, Gärdenfors (1999) sostiene que hay dos aproximaciones básicas, una realista y una cognitivista. La primera afirma que las representaciones semánticas dadas en un modelo son representaciones de realidades del mundo (los significados son entidades externas al sujeto); la segunda defiende la idea de que los significados son entidades mentales.<sup>5</sup> Esta misma división entre lo físico y lo mental o lo externo y lo interno, extrapolada al resto de la investigación lingüística, es a su vez la raíz de la división más general entre las perspectivas comentadas, las cuales les otorgan diferente valor a las dimensiones del objeto de estudio y resultan delimitando (pero, en principio, no aislando) las orientaciones dentro de la disciplina.

## 5. Conclusiones

A lo largo de las secciones anteriores se ha subrayado la importancia que los problemas metalingüísticos continúan

---

<sup>5</sup> Hamm, Kamp, & Lambalgen (2006) defienden, convincentemente a mi modo de ver, la idea de que las perspectivas formal y cognitiva de la semántica no son incompatibles sino complementarias.

teniendo para muchos investigadores, a pesar tratarse de reflexiones con décadas de historia y literatura especializada. En términos generales, el panorama es relativamente claro: las diferencias dentro de la lingüística pueden describirse con base en los presupuestos teóricos y metodológicos de tres aproximaciones, el esencialismo, el emergentismo y el externalismo (Scholz et al., 2015). Estas diferencias son más claras cuando se miran a la luz de dos preguntas básicas, una ontológica que busca establecer la naturaleza del objeto de estudio de la lingüística, y otra epistemológica que indaga sobre las maneras que las que podemos obtener un conocimiento científico de ese objeto. La interdependencia de estas preguntas nos condujo a un punto de convergencia: el concepto de intuición en lingüística. Al respecto, se estableció que la necesidad de caracterizar con más detalle esta noción es parte de la filosofía, y que para la lingüística lo más importante es tomar postura sobre su rol dentro de la metodología de la investigación, un objetivo fundamental para la elaboración de teorías más adecuadas en términos descriptivos y explicativos. Para el caso de la interfaz semántica-pragmática, el problema de las intuiciones radica en si se acepta que el significado puede describirse por un lado acudiendo al conocimiento de los hablantes y por otro, estableciendo un principio epistemológico representacionista o no representacionista sobre los contenidos lingüísticos.

En tanto que las intuiciones se han descrito como juicios acerca de la gramaticalidad o de la aceptabilidad de las expresiones lingüísticas, fue preciso revisar algunos problemas con respecto a estas dos propiedades. A pesar de la

complejidad del asunto, dichos problemas se pueden resumir en dos aspectos: la dificultad de tener acceso directo al sistema de la competencia que constituye el conjunto de propiedades lingüísticas centrales y la relación entre la aceptabilidad y los factores externos al sistema lingüístico (memoria, semántica, conocimiento del mundo, etc.). Estas dificultades surgen en virtud de un hecho más general en ciencias cognitivas, el llamado “problema de la caja negra” (Schütze & Sprouse, 2013), en el sentido de que las intuiciones son manifestaciones concretas de un comportamiento lingüístico observable, pero dependen de operaciones mentales no observables.


En la misma línea, Schütze & Sprouse (2013) han defendido que los juicios de aceptabilidad son parte necesaria de la investigación lingüística, pueden analizarse de manera empírica (aunque indirecta), tienen un carácter evidencial y, por tanto, deben tener el estatus de datos dentro de la ciencia. Por supuesto, esta defensa necesita una base sólida, la cual Schütze & Sprouse presentan como una relación en tándem entre teorías gramaticales y métodos empíricos. En este sentido, la lingüística está llamada a no ignorar la discusión metalingüística y a conseguir resultados concretos tanto en el nivel teórico como el práctico.

En última instancia, el lugar de las intuiciones en la lingüística moderna depende, en gran medida, de si una teoría integral del lenguaje es capaz de establecer una sólida base que permita identificar su naturaleza ontológica, determinar la mejor forma de cumplir sus exigencias metodológicas, y establecer un diálogo constructivo entre perspectivas teóricas y métodos experimentales. El primer requisito necesita de ayuda



por parte de la filosofía, mientras que los otros dos son entera responsabilidad de la lingüística. Esta meta no se circunscribe a ninguna subdisciplina en particular, sino que debe buscarse en todas las interfaces de la lingüística, dado que el objeto de nuestra ciencia tiene un innegable carácter multidimensional. Al delimitar el objeto de una u otra manera, al establecer principios epistemológicos y al escoger entre los métodos disponibles, lo que debe guiar el quehacer de cada lingüista es buscar la mejor manera de estudiar cada una de esas dimensiones que componen el objeto, lo que de una u otra forma exige que las perspectivas que concurren en el escenario actual de la investigación lingüística hagan contribuciones distintas más no incompatibles.

### **Referencias Bibliográficas**

- Allan, K. (2003). Linguistic metatheory. *Language Sciences*, 25, 533–560.
- Borsley, R. D. (2005). Introduction. *Lingua*, 115, 1475-1480.
- Culbertson, J. & Gross, S. (2009). Are linguists better subjects? *The British Journal for the Philosophy of Science*, 60, 721-736.
- Cappelen, H. (2012). *Philosophy without intuitions*. Oxford: Oxford University Press.
- Chapman, A., Ellis, A., Hanna, R., Hildebrand, T. & Pickford, H. W. (2013). *In Defense of Intuitions: A New Rationalist Manifesto*. Basingstoke: Palgrave Macmillan.
- Chomsky, N. (1957). *Syntactic Structures*. La Haya: Mouton. 

Chomsky, N. (1965). *Aspects of the theory of syntax*. Cambridge, MA: MIT Press.

Chomsky, N. (1980). *Rules and Representations*. Nueva York: Columbia University Press.

Depraetere, I. & Salkie, R. (Eds.). (2017). *Semantics and Pragmatics: Drawing a Line*. Ámsterdam: Springer.

Devitt, M. (2006a). *Ignorance of language*. Clarendon Press.

Devitt, M. (2006b). Intuitions in linguistics. *The British Journal for the Philosophy of Science*, 57, 481-513.

Devitt, M. (2008). Methodology in the Philosophy of Linguistics. *Australasian Journal of Philosophy*, 86 (4), 671-684.

Devitt, M. (2010a). Linguistic intuitions revisited. *The British Journal for the Philosophy of Science*, 61, 833-865.

Devitt, M. (2010b). What “Intuitions” are Linguistic Evidence. *Erkenntnis*, 73 (2), 251-264.

Devitt, M. (2012a). Intuitions. *Revista Română de Filosofie Analitică*, 6 (1), 23-36.

Devitt, M. (2012b). The role of intuitions. En G. Russel & D. G. Fara (Eds.), *The Routledge Companion to Philosophy of Language* (pp. 554-565). Nueva York: Routledge.

Devitt, M. (2013). What Makes a Property “Semantic”? En A. Capone, F. Lo Piparo & M. Carapezza (Eds.), *Perspectives on Pragmatics and Philosophy* (pp. 87-112). Dordrecht: Springer.

Devitt, M. (2014). Linguistic intuitions and cognitive penetrability. *The Baltic International Yearbook of Cognition, Logic and Communication*, 9, 1-14.

- Fitzgerald, G. (2010). Linguistic Intuitions. *The British Journal for the Philosophy of Science*, 61, 123-160.
- Gibson, E. & Fedorenko, E. (2013). The need for quantitative methods in syntax and semantics research. *Language and Cognitive Processes*, 28 (1/2), 88-124.
- Gross, S. & Culbertson, J. (2011). Revisited linguistic intuitions. *The British Journal for the Philosophy of Science*, 62, 639-656.
- Hackl, M. (2013). The syntax-semantics interface. *Lingua*, 130, 66-87.
- Jaszczolt, K. M. (2012). Semantics/pragmatics boundary disputes. En C. Maienborn, K. von Heusinger & P. Portner (Eds.), *Semantics: An International Handbook of Natural Language Meaning* (Vol. 3, pp. 2333-2360). Berlín/Boston: De Gruyter Mouton.
- Kempson, R., Fernando, T. & Asher, N. (Eds.). (2012). *Philosophy of linguistics*. Oxford: Elsevier.
- Kothari, C. R. (2004). *Research Methodology: Methods and Techniques*. Nueva Delhi: New Age International.
- Krifka, M. (2011). Varieties of semantic evidence. En C. Maienborn, K. von Heusinger & P. Portner (Eds.), *Semantics: An International Handbook of Natural Language Meaning* (Vol. 1, pp. 242-268). Berlín/Boston: De Gruyter Mouton.
- Kuhn, T. S. (1996). *The Structure of Scientific Revolutions* (3.<sup>a</sup> ed.). Chicago: University of Chicago Press.
- Linzen, T. & Oseki, Y. (2015). *The reliability of acceptability judgments across languages*. Disponible en <http://ling.auf.net/lingbuzz/002854>.

- López, A. (2009a). Eugenio Coseriu y Esa Itkonen: Lecciones de filosofía de la lingüística. *Energeia*, 1, 1-49.
- López, A. (2009b). Intuition, acceptability and grammaticality: a reply to Riemer. *Language Sciences*, 31, 634-648.
- McNally, L. (2013). *Semantics and Pragmatics*. Wiley *Interdisciplinary Reviews: Cognitive Science*, 4, 285-297.
- Riemer, N. (2009). Grammaticality as evidence and as prediction in a Galilean linguistics. *Language Sciences*, 31, 612-633.
- Schlenker, P. (2016). The Semantics-Pragmatics Interface. En M. Aloni & P. Dekker (Eds.), *The Cambridge Handbook of Formal Semantics* (pp. 664-727). Cambridge: Cambridge University Press.
- Scholz, B. C., Pelletier, F. J. & Pullum, G. K. (2015). Philosophy of linguistics. En E. N. Zalta (Ed.), *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*. Disponible en <http://plato.stanford.edu/archives/fall2015/entries/linguistics/>.
- Schütze, C. T. (2016). *The empirical base of linguistics: Grammaticality judgments and linguistic methodology*. Berlín: Language Science Press.
- Schütze, C. T. & Sprouse, J. (2013). Judgment data. En R. J. Podesva & D. Sharma (Eds.), *Research methods in linguistics* (pp. 27-50). Cambridge: Cambridge University Press.
- Sprouse, J. (2015). Three Open Questions in Experimental Syntax. *Linguistics Vanguard*, 1 (1), 89-100. Disponible en <https://www.degruyter.com/downloadpdf/j/lingvan.2015.1.issue-1/lingvan-2014-1012/lingvan-2014-1012.xml>.
- Sprouse, J. & Almeida, D. (2010). A quantitative defense of linguistic methodology. Disponible en <http://ling.auf.net/lingbuzz/001075>.
- Sprouse, J. & Almeida, D. (2012). Assessing the reliability of textbook data in syntax: Adger's Core Syntax. *Journal of Linguistics*, 48 (3), 609-652.

- Sprouse, J. & Almeida, D. (2013). The role of experimental syntax in an integrated cognitive science of language. En C. Boeckx & K. K. Grohmann (Eds.), *The Cambridge Handbook of Bilingualism* (pp. 181-202). Cambridge University Press.
- Stokhof, M. (2011). Intuitions and competence in formal semantics. *The Baltic International Yearbook of Cognition, Logic and Communication*, 6, 1-23.
- Stolterfoht, B. & Featherston, S. (Eds.). (2012). *Empirical Approaches to Linguistic Theory*, Berlín/Boston: De Gruyter Mouton.
- Textor, M. (2009). Devitt on the Epistemic Authority of Linguistic Intuitions. *Erkenn*, 71, 395-405.
- Larson, R. K. & Segal, G. (1995). *Knowledge of Meaning: An Introduction to Semantic Theory*. Cambridge, MA: MIT Press.
- Wasow, T. & Arnold, J. (2005). Intuitions in linguistic argumentation. *Lingua*, 115, 1481-1496.
- Willems, K. (2012). Intuition, introspection and observation in linguistic inquiry. *Language Sciences*, 34, 665-681.